

bras del Profesor Günther Grassmann, referidas especialmente a la segunda parte del libro: «El camino en que el Profesor O'Callaghan abre el ancho y rico contexto de la doctrina de la justificación al indicar su dimensión eclesiológica y social y su relación con la bondad de la creación de Dios redimida por Jesucristo, señala direcciones para un ulterior y fructífero diálogo» (*ibid.*).

L.F. MATEO-SECO

Miguel PONCE CUÉLLAR, *El misterio del hombre*, Herder, Barcelona 1997, 425 pp., 22 x 14, ISBN 84-254-2025-3.

Aborda aquí el A. las cuestiones que se suelen estudiar en los tratados sobre la Creación del mundo y del hombre. De hecho este libro es un manual, solvente y al día, en el que se tratan las cuestiones propias de este ámbito de la teología, sin omitir ninguna. Todas ellas —incluidos los capítulos dedicados a ángeles y demonios— son estudiadas teniendo como centro de atención la cuestión del hombre en su dimensión de ser creado y en el acontecimiento de su primera gracia y de su primer pecado.

Esto supone una clara opción metodológica: estudiar sólo una parte de la antropología teológica. El A. se ha limitado a tratar esta parte de la antropología, bien consciente de que, dada la unidad del ser y de la vocación del hombre, toda división que se haga en la antropología teológica no deja de ser ficticia (p. 16). Y es que, «la línea teológica que incide directamente en lo antropológico comienza en este tratado —llamado *De Deo Creante et Elevante, Los Comienzos de la Salvación, Dios Creador, Antropología I, Antropología Fundamental*, etc., según las diversas perspectivas—, continúa con la *Antropología II* o tratado de la Gracia y encuentra su cumbre en la Escatología. Estas tres cuestiones teológicas forman una unidad, y en ellas aparece el misterio del hombre desde su creación en Cristo hasta su glorificación a imagen de Cristo resucitado» (pp. 16-17).

La elección del campo a estudiar, sin embargo, esta justificada. Se trata de una elección que puede definirse como clásica. Es abordada, además, desde un trasfondo distinto al de los manuales anteriores al Concilio Vaticano II: el A. tiene bien presentes las aportaciones, los interrogantes y los problemas surgidos en estas últimas décadas y, sobre todo, encuadra su quehacer teológico en el misterio de Cristo y en la consideración de la historia de la salvación. La perspectiva de Ponce goza de las fecundas características de la teología contemporánea. El manual está dividido en cuatro partes: I. *La creación*; II. *El hombre creado a imagen de Dios*; III. *El pecado original*; IV. *Angelología y Demonología*.

El libro comienza, pues, con un estudio de la creación, que Ponce inicia apoyado en los autores más conocidos de teología bíblica. Sabe hacerlo con profundidad, orden y amenidad. Y, sobre todo, subraya que, para la teología cristiana, la perspectiva en que ha de considerarse la creación y los acontecimientos de los orígenes ha de ser una perspectiva cristológica (p. 30). A este respecto son especialmente luminosas las páginas dedicadas aquí al Nuevo Testamento (pp. 45-55). «La fe cristiana en la creación no se identifica sin más con la judaica, ya que a ésta le falta el aspecto cristológico. Por esta razón el concepto cristiano de la creación tiene su cumbre no en los textos genesíacos, sino en el Prólogo del evangelio de San Juan (...) Al ser Cristo el fin de la creación —y no sólo el mediador—, los textos paulinos y joánicos avanzan ya la promesa de una victoria, que será definitiva e irrevocable al final de los tiempos. La fe en la creación es optimista, porque en su lógica se incluye la esperanza en la consumación» (pp. 56-57).

El A. dedica a continuación un capítulo a describir el desarrollo de la teología de la creación a lo largo de los dos milenios de cristianismo. Es un acierto dar importancia no sólo a los Símbolos, sino también a la liturgia. También son un acierto los breves párrafos dedicados a los gnósticos y a la lucha de los Padres contra ellos en la que tanta importancia tiene dejar clara la trascendencia de Dios sobre todo lo creado, utilizando precisamente el recurso al concepto de creación. El A. omite el estudio de los Padres griegos del siglo IV. Al hacer la recensión de una obra de este calibre, siempre es recurso fácil —y muchas veces injusto— señalar alguna omisión. En este caso, quizás sea justo señalar esta ausencia. Y no sólo porque pertenecen a esta época los grandes comentarios al Hexaémeron, sino porque las instancias planteadas por Arrio —y sobre todo por Eunomio— obligaron a estos autores, especialmente a Gregorio de Nacianzo y a Gregorio de Nisa, a trazar una línea clara entre Creador y criatura. Lo mismo sucede con las homilías de San Juan Crisóstomo sobre la incompreensibilidad de Dios. Toda la teología apofática griega descansa precisamente sobre la diferencia entre Creador y criatura con conceptos definitivamente elaborados por la patrística griega. Suficiente y claro el tratamiento del Concilio IV de Letrán (pp. 72-74). Quizás excesivamente breve la página dedicada a los problemas suscitados por la Reforma (pp. 77-78). Se trata de problemas que ciertamente no inciden en el concepto de creación *ex nihilo*, pero que sí influyen en la poca valoración de la teología de la creación, a pesar de que tuviesen el acierto de recuperar el sentido histórico-salvífico de la creación.

Las páginas dedicadas a la reflexión teológica sobre la creación (83-118) siguen las consideraciones usuales en los manuales, pero expuestas con profundidad y claridad. Se encuentran en ellas párrafos verdaderamente sugerentes. Así

p.e., «La teología de la creación, que responde al problema radical (...) de por qué existe el ser y no sencillamente la nada, no es tanto una teoría sobre el origen del mundo, cuanto una interpretación religiosa de lo mundano en su última raíz, en su momento esencial de ser: el mundo “*es realmente*”, porque Dios le ha dado el ser, y por eso “*es como criatura*”. Así el *ser* y el *modo de ser* del mundo se implican de tal manera que uno y otro no pueden separarse» (p. 83); «De cuanto hemos dicho se deduce que no debe ligarse el concepto de creación a una determinada concepción ni *fixista* ni *evolucionista*. La fe cristiana ha de conservar su libertad frente a cualquier tipo de cosmología, porque el contenido de la fe desborda toda teoría científica, toda formulación humana» (p. 85).

Podrían citarse muchos pensamientos más. Baste citar estos dos, que son una buena muestra del modo en que Ponce ha llevado a cabo su tarea: serenamente, sin estar enfeudado en problemáticas pasadas y con una buena información del estado en que se encuentran las diversas cuestiones. Así se ve en los capítulos más directamente antropológicos, es decir, en los capítulos que tratan la creación del hombre, el primer don de la gracia y la primera caída. Aplica aquí el método y el orden seguido en la primera parte: un amplio espacio dedicado a la antropología bíblica, otro dedicado a la tradición eclesial y otro dedicado a la reflexión teológica. Cabe decir de estos capítulos lo que ya se ha dicho de la primera parte. Y se puede añadir esto: el A. extrema su respeto al lector, ofreciéndole los datos, exponiendo la situación actual, e intentando que sea él, el lector, el que pueda formarse un criterio, sin pretender imponerle su propio pensamiento. Para ello, el A. se limita a dar una breve pincelada. Así sucede, p.e., en temas tan apasionantes como la justicia original, la relación natural-sobrenatural y la cuestión de los dones preternaturales (pp. 224-258; 313-323). «La teología actual —concluye Ponce tras las páginas dedicadas a la conocida controversia entre Alfaro, De Lubac y K. Rahner—, pretende superar el dualismo propio de la teoría de los dos órdenes, como realidades perfectamente dissociables, y opta por la unidad de finalidad en la distinción de dos momentos, cuyo paradigma es el misterio de Cristo Encarnado según la definición de Calcedonia: *sin confusión, sin mutación/sin división, sin separación*. Estos adverbios son aplicables a las polaridades naturaleza-gracia, creación-alianza, historia profana-historia sagrada, progreso-reino, liberación-salvación, etc., y explican hasta qué punto la creación entera está configurada según el modelo cristológico, y por ello reproduce su impronta» (p. 240).

Esta perspectiva cristológica centra el estudio del pecado original. También aquí el A. sigue el plan de trabajo que configura toda su obra. Quizás se podría enriquecer la exposición de la teología patrística en torno al pecado original, si se atiende a la liturgia bautismal: no sólo a la administración del bau-

tismo, sino también a los comentarios patrísticos a las ceremonias del bautismo, p.e., el despojo de las vestiduras viejas y el revestimiento de las nuevas. Baste recordar los estudios de J. Daniélou sobre este asunto, que muestran un pensamiento teológico bien elaborado ya en el siglo IV, y que no es precisamente agustiniano.

Fiel a su posición abierta y serena, el A. resume así lo que estima datos irrenunciables en la doctrina del pecado original: «a) Existe en todo hombre un pecado verdadero y propio, aunque en sentido analógico, diverso de los pecados personales, y descrito por el Magisterio como muerte del alma, enemistad con Dios y privación de la justicia original. Se trata de un *estado*, diferente del *acto* pecaminoso procedente de la libre decisión personal. b) La gracia de Cristo libera verdaderamente al hombre del pecado original, de modo que la *concupiscencia*, que permanece en el bautizado, no puede ser considerada como pecado. c) Este estado de pecado se relaciona con la culpa de Adán, y cuando el Magisterio habla de transmisión por *generación*, ha de entenderse al menos como condición de pertenencia al género humano» (p. 360). Como lugar de referencia en que encuadrar este resumen, el A. remite a los nn. 402-412 del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

Los párrafos citados son una buena muestra de la posición del prof. Ponce Cuéllar en temas que exigen no sólo una buena información, sino un especial equilibrio y una atinada forma de decir. El libro contiene abundantes ejemplos de todo esto. Su autor merece por ello una sincera felicitación.

L.F. MATEO-SECO

Augusto SARMIENTO, Enrique MOLINA, Antonio QUIRÓS, Jorge PEÑACOBIA y José ENÉRIZ (eds.), *El primado de la persona en la moral contemporánea*, XVII Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1997, 819 pp., 15 x 24,7, ISBN 84-8081-001-7.

Se recogen en este volumen las ponencias y comunicaciones del XVII Simposio Internacional de Teología celebrado en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra del 17 al 19 de abril de 1996.

Más de un centenar de profesores de Universidades españolas y extranjeras, dedicaron sus trabajos a examinar las propuestas de la Teología Moral contemporánea que tienen como común denominador un planteamiento de tipo «personalista».